

Obras escogidas

**Luis  
Alberto  
Sánchez**



**Elogio**  
de don Manuel González Prada

**Mito y realidad**  
de González Prada

Presentación de Marco Aurelio Denegri



— Universidad —  
**Inca Garcilaso de la Vega**

Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas  
FONDO EDITORIAL

Luis Alberto Sánchez

**Elogio de don Manuel González Prada**  
◆  
**Mito y Realidad de González Prada**

Presentación  
de  
Marco Aurelio Denegri



Universidad  
**Inca Garcilaso de la Vega**  
Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas  
FONDO EDITORIAL

#### FICHA TÉCNICA

Título:	Elogio de don Manuel González Prada Mito y Realidad de González Prada
Autor:	Luis Alberto Sánchez
Serie:	Obras escogidas
Código:	HUM - 001-2015
Editorial:	Fondo Editorial de la UIGV
Formato:	140 mm X 220 mm 176 pp.
Impresión:	Offset y encuadernación en rústica
Soporte:	Cubierta: folcote calibre 14 Sobrecubierta: couché de 200 g
Interiores	Bond avena de 80 g
Publicado:	Lima, Perú.
Edición:	Primera
Tiraje:	500 ejemplares

Universidad Inca Garcilaso de la Vega  
Rector: Luis Cervantes Liñán  
Jefe del Fondo Editorial: Fernando Hurtado Ganoza

© Universidad Inca Garcilaso de la Vega  
Av. Arequipa 1841 - Lince  
Teléf.: 471-1919  
Página Web: [www.uigv.edu.pe](http://www.uigv.edu.pe)

Fondo Editorial  
© Editor: Fernando Hurtado Ganoza  
Jr. Luis N. Sáenz 557 - Jesús María  
Teléf.: 461-2745 Anexo: 3712  
Correo electrónico: [fondouigv@gmail.com](mailto:fondouigv@gmail.com)

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio,  
sin autorización escrita de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-06001  
ISBN: 978-612-4050-81-7



*Manuel González Prada*

*A*  
*Don Alberto L. Sánchez*  
*dedica este libro*  
*su hijo*  
*L.A.S.*

# ÍNDICE

Presentación	13
Presentación del Fondo Editorial	17

## **ELOGIO DE DON MANUEL GONZÁLEZ PRADA**

I.	La aparición	21
II.	El político	35
III.	El ideólogo	45
IV.	El artista	59
	La prosa	59
	El verso	78
V.	El bibliotecario	91
VI.	Apéndices	97
	1. Nota biográfica	97
	2. Obras literarias	98
	3. Informes administrativos	98
	4. Periódicos	98
	5. Publicaciones varias	99
	6. Comentaristas principales	99
	7. Traducción	100
	8. Inéditos	100

## **MITO Y REALIDAD DE GONZÁLEZ PRADA**

I.	Un reto	103
II.	Rectificaciones y contrastes	105
III.	Las inexplicables dicotomías	109
IV.	La Unión Nacional y otras paradojas	113
V.	Palma y Piérola	115
VI.	El Pre-modernista	121
VII.	El destructor	123
VIII.	El anarquista y el ateo	127
IX.	Algo sobre el escenario y más sobre el anarquista	131
X.	Las dos ideas creadoras	135
XI.	El escritor	137

XII.	La influencia del medio político	141
XIII.	Apuntes para un retrato	147
XIV.	Plutocracia, acracia, oligarquía, gerotoncracia, efebolatría	149
XV.	"Los jóvenes a la obra..."	151
XVI.	El crítico	153
XVII.	Recapitulando	155
XVIII	Cronología sucinta de Manuel González Prada en relación con la historia del Perú	159

## Presentación

Cuando a Luis Alberto Sánchez se le preguntaba qué libro, entre los innumerables que había dado a la estampa, era el que estimaba más, él solía mencionar su *Don Manuel*, publicado en 1930, "*mi libro más entrañable y hasta de alguna belleza literaria*", según palabras de su autor, a quien nunca dejó de interesarle González Prada y lo estudió como nadie, toda su vida, una vida fecunda y "*abultada de días*", como diría Quevedo.

### Elogio de don Manuel González Prada

El presente *Elogio de don Manuel González Prada* fue su tesis para el doctorado en Letras, Historia y Filosofía. En cierta ocasión me dijo que era una contribución digamos aceptable, pero que no había que ser muy exigente con ella, porque la había publicado cuando tenía veintidós años. Ocho años después publicó *Don Manuel*, y en 1976, *Mito y Realidad de González Prada*, y finalmente, en 1977, *Nuestras Vidas son los Ríos... Historia y Leyenda de los González Prada*.

A mí me gusta el *Elogio* sanhecino y voy a noticiar del porqué a los lectores.

A don Manuel se le entronizó desde su conversión en personaje, y como se sabe lo fue por lo menos durante los últimos treinta años de su existencia. Pero he aquí que Sánchez nos lo presenta ocasionalmente desentronizado, cual varón bueno y sencillo que riega su jardín y se dice amante de los animales y la verdad es que los quería de veras. Tanto es así, que Abelardo Gamarra publicó un folleto

casi desconocido titulado *Una faz de González Prada: su cariño para los animales* (Lima, 1923).

Manuel González Prada fue poeta y de obra poética extensa. Baste decir que los tres últimos tomos de los siete que componen su *Ópera Ómnia* están dedicados a la poesía. Ahora bien: "*Este gran poeta —dice Sánchez— era un mal poeta, a pesar de que dominaba absolutamente el verso. ¿Paradoja? De ningún modo. Su fórmula poética es complicada: amor a lo bello, a la humanidad, temperamento artístico exquisito, imágenes originales, total dominio de la versificación; pero, frío al expresarse en renglones cortos. El calor de su prosa está en relación con la frialdad de sus estrofas.*"

Ya habrán notado fácilmente los lectores que en lo antedicho el encomio falta, pero no la crítica.

Asegura Sánchez (y tiene razón) que Manuel González Prada fue primordialmente un *reaccionario*, no en el sentido en que hoy se usa esta voz, como designación del que se opone a las innovaciones, sino en el sentido recto de actuar *por reacción* de la actuación de otro. Prada *reaccionó* y violentamente por la descomposición y postración nacionales y por lo que Durkheim llamaba la *anomia*; reaccionó por la difluencia de la corrupción y la podre.

Este *Elogio* debió titularse *Elogio y Crítica de don Manuel González Prada*. Es obra interesante y amena y que por su cortedad debiera leerse en un solo día.

## Mito y Realidad de González Prada

*Mito y Realidad de González Prada* es como si dijéramos un aperitivo de la lectura ulterior de *Nuestras Vidas son los Ríos...* Se trata de una obra didáctica y tal vez sería más propio llamarla periodísticamente didáctica y como tal no va a despertar y no tendría por qué despertar el interés de los estudiosos de Prada. No ostenta párrafos memorables ni galas estilísticas, pero la exposición restricta del asunto está bien documentada y los juicios del autor

concernientes al personaje son generalmente fundados. Digo generalmente porque a mi ver hay dos excepciones. Aludo al par de adoraciones supuestas de don Manuel: su *efebolatría* y su *antropolatría*.

Si manifestáramos que Prada *adoró* a los jóvenes, entonces cometeríamos una *enormización* (y uso a propósito esta creación léxica de Ramón Menéndez Pidal). Pero si en lugar de *jóvenes* dijéramos *efebos*, la consecuencia de ello sería ***ipso facto*** sambenitar a Prada de homosexual, pues el *efebo* es el adolescente de belleza afeminada.

Sin embargo, esto lo comenzó a decir la Academia solamente a partir del DRAE 2001. Antes la Corporación se limitaba a manifestar que el *efebo* era el mancebo o adolescente. Recordemos que en la antigua Grecia se decía *efebo* del joven que tenía entre 15 y 20 años. Luis Alberto Sánchez usó, pues, el vocablo *efebo* como sinónimo de *joven*, sinonimia que los cultos entienden, pero que naturalmente ignoran los incultos, que son legión.

Prada no fue *efebólatra*, como supone el doctor Sánchez. Tampoco *adoró* a los hombres y por lo tanto no fue y no podía ser *antropólatra*. Al contrario, malquiso y desestimó a los seres humanos. Baste citar un par de ejemplos.

"*Malconocemos al hombre / Porque nunca deslindamos /  
Dónde termina el imbécil / Y dónde empieza el malvado.*"  
(**Obras**, VI, 74.)

"*¿Qué los hombres? infusorios / Que en su gota de  
albañal / Quieren darse la importancia / De una ballena  
en el mar.*" (**Obras**, VI, 157.)

El doctor Sánchez aclara, en la página 124, que Prada fue *antropólatra* porque respaldó y defendió al hombre creador, no al hombre en general. Pero si fuera así, entonces sería más propio llamarlo *antropófilo*, aclarando, eso sí, que en el sentir de Prada la valoración y estima no las merecía cualquier ***quídam***, sino el hombre creador.

Distingue a Manuel González Prada, según Luis Alberto Sánchez, su anticatolicismo y anarquismo, su esteticismo y perseverancia, y "el frenesí destructor de su prosa".

Este gran destructor, ¿qué construyó?

"Construyó —dice Sánchez— una nueva conciencia, libre de prejuicios y unos ojos limpios, y reguló el alterado corazón de la juventud." (124)

Y para terminar leamos el párrafo fundamental siguiente de la página 157:

"Ningún escritor peruano ha ejercido hasta hoy la plural, duradera y profunda influencia que González Prada ejerce desde hace noventa años sobre la ética, la actitud mental y el primor expresivo de las generaciones posteriores a la guerra del 79."

Las ediciones originales de las dos obras de Luis Alberto Sánchez que presentamos aquí tienen erratas, errores y descuidos. Felizmente ya no los tienen en las versiones que habrán de leerse a continuación, gracias a una paciente labor depuratoria.

Marco Aurelio Denegri

Mayo de 2015

## Presentación del Fondo Editorial

De los cuatro libros que publicó el doctor Luis Alberto Sánchez acerca de Manuel González Prada, el primero, de 1922, es prácticamente desconocido, y el tercero, de 1976, es apenas conocido. De modo que el Fondo Editorial que dirijo, para beneficio de estudiosos y estudiantes, no ha vacilado en publicar nuevamente, en sendas ediciones impecables, esas valiosas contribuciones del doctor Sánchez, el mayor conocedor de la vida y obra de Manuel González Prada.

Esta entrega del Fondo Editorial no habría sido posible sin el concurso del pertinaz promotor Ricardo Angulo Basombrío, quien trajo la obra que publicamos y nos puso en contacto con los familiares del autor para la autorización respectiva. Al doctor Angulo expresamos nuestro sincero agradecimiento y reconocimiento. Él también nos ha alcanzado obras de otros autores peruanos como José Uriel García (publicado), Carlos Rodríguez Pastor, Carlos Manuel Cox, Manuel Seoane y otras de Luis Alberto Sánchez, que publicaremos próximamente.

También hacemos público nuestro agradecimiento al rector de nuestra casa de estudios, doctor Luis Claudio Cervantes Liñán, por el apoyo al Fondo Editorial, y su especial consideración para que las obras de insignes pensadores peruanos lleguen cada vez con más frecuencia a nuestros lectores.

Fernando Hurtado Ganoza

JEFE DEL FONDO EDITORIAL

## Elogio de don Manuel González Prada

# I

## LA APARICIÓN

*"Trabajé en hacer hombres;  
se le dará gozo con serlo."*

José Martí

En el crepúsculo de un siglo escéptico suena esta voz de apóstol. Claudican ídolos seculares al empuje irreverente de ideas novísimas, y la vetusta armazón de nuestra farsa política cruje, como sobrecogida por un espanto único. Desde lejos se percibe el jadeo de fuerzas extraordinarias pugnando por desterrar ideales caducos. Una nueva legión de iconoclastas se anuncia en el confín, y los ídolos tiemblan presintiendo ultrajes tremendos de manos sin respeto. Solo falta el apóstol. Y entre la turbación unánime, tras la total derrota, el apóstol, nuestro Zarathustra del trópico, abandona sus montañas y desciende a la llanura para predicar su credo, violento y destructor a veces, pero siempre lleno de amor.

Es dulce y atrayente su talante, cual debió ser el de los primeros discípulos de Jesús, cuando alboreaba la Buena Nueva y aún cabían la alegría y el amor a la vida en la religión cristiana. Seductora es su voz, como la de Pablo de Tarsos; atronadora, a veces, como la de Juan de Patmos; confidencial y tierna en horas de lírico desmayo. Para ser más humano se advierte en el apóstol claroscuros violentos. No son su vida ni su arte, rectilíneos, con esa insufrible monotonía de la línea recta que tanto desesperaba a Renán. El dogmatismo a ultranza tampoco oscurece esta figura preclara. Con frecuencia atenacean a este hombre la contradicción y la duda: en sus páginas más fragorosas, cuando el enardecimiento ciega, siéntese

el sabor inconfundible de la divina leche de la ternura humana. El vibrante fustigador encubre a un lírico profundamente bueno y misericordioso. El forjador de oraciones restallantes como fustas, oculta al romántico constructor de rimas aladas. Como en todas las figuras excelsas, dirá algún glosador, el león sabrá aprisionar entre sus garras, rosas. El socialista ama la patria. Y en el fondo de su pasión por los menesterosos, ojos zahoríes descubren un aristocrático apartamiento y un como enguantamiento espiritual.

¿Cómo conciliar tamañas contradicciones? ¿Cómo, Ventura García Calderón, que las descubre, no las ha unido para estudiar en su conjunto, en su maravilloso conjunto, la ideología y el arte de González Prada?

Antes que Rodó y que D'Annunzio, el triste solitario ginebrino Federico Amiel, escribía con desconsuelo: "*Renovarse es vivir!*" González Prada, tal como lo han delineado sus críticos, es un hombre de piedra, inmovible como una roca, monótono como agua estancada. No parece sino que toda su obra fuera la repetición de un fatigoso estribillo, la multiplicación de un *Leitmotiv*. Vale, así, por su pertinacia; pero la pertinacia y la impertinencia se asemejan demasiado...

Y eso no es cierto; ese no es González Prada. Acaso, su actitud moral, transparente y pulcra, sea lo único inmovible en él. ¿Cabe decir que tiene su personalidad muchas facetas? No; González Prada no es un facetado; evoluciona perennemente; se renueva cada día, cambia, muda, se transforma, se retuerce, en espirales, en llamaradas, como una hoguera que no se consumiera nunca.

Hay en su obra y en su vida antinomias tan irresolubles como las planteadas por Kant con respecto al universo. Sincrónicamente, escribe furibundas oraciones contra nuestros conservadores y melódicos elogios a una orquídea; sátiras envenenadas contra los frailes y serenas meditaciones sobre la muerte; arremete a estocada limpia, en prosa de metal, a los políticos y canta dulcemente amores

castos. Que desaparezcan las fronteras, rugen enardecido; pero con el dedo acusador señala al Sur. El apóstol sabe que es dura la tarea emprendida, y al mismo tiempo que exhorta a la solidaridad, enaltece las excelencias de la labor solitaria, del aislamiento fecundo. Para sus comparaciones purga los tiempos de las ciencias físicas y naturales, mas salta a la vista el literato, el artista auténtico. Es el campeón del verbo libre en el Perú, mas ningún poeta observó más rígidamente que él las exigencias del ritmo. Y aunque predica la necesidad de ponerse en contacto con el pueblo, y él mismo, a veces, acude a las sociedades obreras, su vida discurre en un orgulloso apartamiento, y su señorial prestancia es propia de un noble marqués de pretérita edad.

*Páginas Libres* (1894) es su obra clásica. La prosa de González Prada adquiere allí totalidades múltiples; descubre idéntica tensión mental a la que Gonzalo Zaldumbide y Gustavo Gallinal apuntan en *Rodó*; pero, la idea surge limpia, redonda y precisa, porque el adjetivo es siempre sugerente y cabal.

*Horas de Lucha* (1908) nos muestra al político reaccionario, al luchador permanentemente en guardia. En *Presbiterianas* (1909) su encono contra el clero llega a exageraciones de mal gusto. *Minúsculas* (1901) es un devocionario de amor: amor a la mujer, a la vida, al dolor, al desamparado, a la muerte; y en *Exóticas* (1911) importa cantidad tal de estrofas y metros nuevos, que puede ser considerado como el punto de partida de una renovación poética en el habla castellana.

Renovador del verso, renovador de la prosa, renovador de la orientación ideológica, González Prada tiene un matiz predominante. Sean cuales fueran sus contradicciones, todas se adunan en su auténtica y formidable faz de reaccionario. Después de la derrota militar, del caos político y la desorientación intelectual, era preciso un "médico de hierro", como llamaran a Joaquín Costa en España. Adoptando la terminología científica de González Prada, su verbo fue el aceite alcanforado que levantó las fuerzas del país enfermo. En cualquiera de sus aspectos, su cualidad

esencial es la reacción. A partir de 1890 todas las corrientes ideológicas del Perú forzosamente tienen que incidir en él.

Los grandes reformadores morales, dice Rodó, son "*creadores de sentimientos y no divulgadores de ideas*". González Prada creó en el Perú el sentimiento de reacción contra todas las mentiras establecidas.

Entre los orientadores americanos, la posición de González Prada es singular. Se parece a todas, pero no puede ser confundida con ninguna. Su actitud es semejante a la de Joaquín Costa y Miguel de Unamuno; parecida a la de Montalvo y Sarmiento; su manera tiene analogías con la de Rodó.

Obsérvese que digo actitud y posición, no ideología ni personalidad. Frecuente es que dos hombres, uno radical y otro conservador, coincidan en la actitud, estando antipódicamente distantes en cuanto a ideología y orientación.

La posición de suprema austeridad moral de González Prada y su perenne actitud de combate encuentran un símil en Juan Montalvo, no obstante de ser éste un clasicista y aquel un modernista, el uno liberal y el otro ultraradical, hispanófilo el uno, mientras la hispanofobia aqueja al otro.

Montalvo, como observa Gallinal (1), es un escritor rico en la verba, aunque, a veces, pobre en la idea. Tomad cualquiera de los *Siete Tratados*, monumento de lenguaje castizo; tomad esa maravillosa disertación sobre la nobleza y veréis cómo se pierde la idea central entre tantos episodios pintorescos, abrumada bajo el ropaje miliunanochesco de un estilo ubérrimo. Mirad cómo, a menudo, olvidáis el pensamiento cardinal del ensayo, y no tenéis sino ojos para admirar las galas que nos presenta el escritor, oídos para escuchar las comparanzas, figuras y reflexiones que le sugiere cada episodio. Cojamos, luego, *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, y sólo pensaremos, abobados, en el esfuerzo prodigioso del genial ecuatoriano y en esa limpia y cristalina prosa suya, ora abundante y

---

(1) Gustavo Gallinal, "Crítica y Arte", Montevideo, 1920.

sonora como río caudaloso; escueta y sobria, a ratos, como llanura manchega; airada y ensordecedora, a veces, cual torrente descujando rocas; ya tranquila, apacible y serena, semejante a un remanso...

Pero, pensemos en la vida de Montalvo, y se nos vienen a la mente sus *Catilinarias* y su *Espectador*. Observemos que esa misma pluma escribió la *Geometría moral* y que fue, al propio tiempo, péñola de escritor castizo, y daga asesina para García Moreno. Recordamos, entonces, que ese hombre supo ser leal, indoblegable y persistente; que supo jugarse la vida contra el tirano y soportar el destierro "*sin libros, señores, sin libros*", y para edulcorar ese hastío, compuso páginas admirables; que su cerebro ni su pluma conocieron el descanso; que en el periodismo político —abismo insaciable succionador de energías y verdugo de estilistas— derrochó sus fuerzas sin perder un ápice de su varonía ni un ápice de su arte, y que, en fin, en noches de lucha, en pleno invierno de París, solía meter los pies en agua fría para no dormirse y evitar que el sueño viniera a interrumpir su tarea acezante (1).

Ahí está Sarmiento: la frente ancha, el mentón tenaz como su voluntad, el gesto duro como su carácter. Argentina vive días terribles bajo la tiranía de Rosas. Las hordas de la *Mazorca* recorren las rúas, asesinando a los "*salvajes unitarios*". Hieden a sangre las calles bonaerenses. Y hasta las pampas llegan el saqueo y el crimen. ¡Ay, del que ose resistir al tirano! Pero Sarmiento y Alberdi alzan sus voces próceras. Facundo Quiroga comprende tanto, tanto, que el país se encrespa y se rebela. Cae el tirano. Y Sarmiento, el humilde maestrescuela, el panfletista de estilo desigual y ramplón, pobre de metáforas, pero rico en energías, batalla sin descanso por el triunfo de la escuela sobre la pampa, del maestro sobre el gaucho, de la civilización sobre la barbarie, del libro sobr el lazo y el facón.

En Venezuela, Cecilio Acosta no descansa nunca. Como es tan sabio y tan honrado, las gentes lo llaman loco. Él, sin

(1) Véase: Prólogo R. Blanco Fombona a los *Siete Tratados*, Ed. Garnier, París. Rodó, *Cinco Ensayos*. V. García Calderón, *Semblanzas de América*, Madrid.

embargo, vierte su espíritu sobre los venezolanos. Un día, en fiero arranque de orgullo, dijo: "*Mi palabra queda.*" José Martí, el héroe cubano, agrega: "*cuando se fue, tenía limpias las alas*". (1).

Y aquí tenéis, en fin, al maestro de Ariel. ¿Orientador? No de un pueblo: de un continente. Su prosa es cincelada, brillante y sonora como una moneda de oro de buena ley. Pule y repuja sus períodos con la paciencia con que Benvenuto Cellini cincelaba el puño de una espada. Como los frailes del medioevo, Rodó minia [(2)] sus frases delicadamente: mañana, cabe el fascistol solemne, no una Congregación, sino todas las juventudes de un continente joven, descifrarán su evangelio para entonarlo a una voz. Pero —Zaldumbide lo ha notado— se trasluce demasíadamente el esfuerzo del artista. Casi podríamos rehacer el proceso genético de cada una de estas parábolas. Al cabo de un rato, los "Motivos de Proteo" fatigan y en "El Mirador de Próspero" los oídos se cansan del martilleo incesante de una prosa perfecta, idemasiado perfecta! Y se añora la frescura de "Ariel" y la sugestiva sencillez de ese magnífico ensayo sobre "Liberalismo y jacobinismo". (3)

En González Prada ocurre, a veces, lo propio. Sobre todo en *Páginas Libres* se traduce el esfuerzo del autor por mantener esa alta tensión; mas, observad: González Prada tiene el estilo sonoro y brillante de Rodó, la austeridad de Acosta, la combatividad de Montalvo, la tenacidad de Sarmiento. Sobre todos ellos tiene, además, su personalidad de esteta, y, en fin, como Simón Rodríguez, el maestro del Libertador, lo agita el ansia incontenible de violar los preceptos de una gramática arbitraria.

Observemos aquí que los grandes orientadores americanos —González Prada, Rodó, Francisco García Calderón— padecen del prurito de construir frases redondas;

---

(1) Prólogo de José Martí a las *Obras* de Cecilio Acosta. Caracas, 1908.

(2) De *miniar*, pintar o ilustrar con miniaturas.

(3) Gonzalo Zaldumbide, *José Enrique Rodó*, Madrid. "Bibl. Andrés Bello". Gallinal, ob. cit.

aman el adjetivo preciso, multicolor y multisápido. García Calderón frecuentemente llega a ser amanerado, a fuerza de pulirse. Busca siempre la eufonía, sin la cual pesa el libro entre las manos y el concepto se detiene en los penumbrosos umbrales de la conciencia: González Prada es así.

La posición de este poeta sereno, pero violento prosador, no admite dudas. En verso o en prosa, un faro lo guía: la Belleza. Bella será su vida cincelada como una obra de arte. Al combatir, no descuidará los pliegues de la túnica, que precisa ser bella hasta al proferir un dicitio.

Y combate siempre. Por algo o contra algo, nunca le falta razón. En verso combatirá contra la fealdad. Que se respete lo bello por encima de todos los intereses, y él estará satisfecho. Si alguien le hubiera interrogado acerca de su credo, él pudo responder: definiendo la Belleza.

¿No será ésa la clave de su obra?

Porque es bello el socialismo, lo amó fervientemente; pero, como también hay belleza en el sacrificio de un Grau, lógico era que su verbo enalteciera a los héroes, cuyas hazañas son el único perfume de la historia. Porque es bella amó la serenidad griega, y fue sereno; mas hubo de contrariarse y ser violento porque la belleza del arte y la belleza del orden social andaban en peligro.

Poderoso inoculador de energía, supo y pudo orientar. Tuvo *capacidad* para comprender las necesidades presentes —así lo reconoce Riva Agüero— y sus derivaciones para lo porvenir, así lo palpamos hoy. Al mismo tiempo que *capacidad* para prever, poseyó *autoridad*, indispensable para indicar el sendero. ¿Qué más necesita un orientador? Por conservar su autoridad no aceptó prebendas. Hoy, más que nunca, lo puedo afirmar. El único cargo público que admitió fue la dirección de la Biblioteca Nacional. Y allí —lo relataré más adelante— más es lo que el país le debe a él, que lo que él debe al país.

Comprendió, sin embargo, que la tarea de indicar rumbos es de solitarios y de profetas. Desde mozo lo

sollozaba en verso. Después, lo repitió en su madurez. "Quién sabe —escribía en 1898— *si en el Perú no ha sonado la hora de los verdaderos partidos ¡Quién sabe si aún permanecemos en la era del apostolado solitario!*"

Queja que era un eco del lamento juvenil:

*en el mar proceloso de la vida  
eres mi puerto, soledad querida. (1)*

Eran los días de la reorganización. La coalición triunfante pretendía renovarnos. González Prada, soldado en Miraflores, testigo de nuestra derrota y de nuestra desorganización, predicaba sus dolorosas verdades. El desastre nos volvió un instante de la inconsciencia. Por natural resultado, el examen de conciencia deprimió los valores existentes, y el famoso grito de González Prada "*¡los jóvenes a la obra, los viejos a la tumba!*" no fue sino la expresión de una censura unánime contra *la generación de la derrota*.

Necesaria la reacción, no hay que titubear entre la abulia, el pesimismo, la desesperanza patriótica, y el credo combativo, renovador y rotundo de González Prada. Como toda reacción, la encabezada por el apóstol fue apasionada. Su violencia se desfoga en el civilismo, en Piérola, en el clero, desorientados y desorientadores. Positivista, patriota, reaccionario, González Prada descarga terribles calamorrazos sobre los políticos responsables y la clerecía cómplice. [(2)]

En vano se habla de reacciones democráticas; él no verá en Piérola sino al Dictador del 81, al amigo de los conservadores. En vano le anuncian el fracaso; su desencanto le arrancará esta frase: "*los que en el Perú marchan en línea recta, se ven al cabo solos, escarnecidos, crucificados*" (3). Pero su esperanza encuentra un asidero en el hombre superior que reconstruya la Patria contra las acechanzas de los "*hombres prácticos*". ¡Los hombres

---

(1) *Parnaso Peruano*, de J. D. Cortez, Valparaíso, 1871.

(2) *Calamorrizo* es el golpe que se da o se recibe en la cabeza.

(3) *Horas de Lucha*, p. 24.

prácticos! ¡Qué amarga queja arrancan a González Prada! Políticos prácticos fueron los que en Alemania desoyeron las exhortaciones de Goethe para abrir el Canal de Panamá; los que nos condujeron a la ruina económica y al desastre militar; los que, por faltarles la altísima guía de un ideal, empujaron el mundo al caos.

La esperanza de este hombre se fortifica avizorando al ser superior, al Regenerador. Zarathustra vendrá de sus montañas; Jesucristo descenderá de los cielos; Alonso Quijano abandonará la huesa [(1)]: él lo sabe y lo espera. Pasan los años y su esperanza permanece incólume. En 1905, dirigiéndose a los obreros, les dice: "*el soplo de rebeldía que renueva hoy a las multitudes viene de pensadores o solitarios. Así vino siempre*". No recuerda ya las risotadas burlonas con que los filisteos acogieron las palabras del Superhombre; que, en esos momentos, a sus ojos aparece la faz venerable del viejo Tolstói, removiéndolo desde su retiro de Yasnaia Poliana, el alma de Rusia. Y él, sintiendo que las ideas marchan, que sus prédicas de otrora están sobrepasadas y envejecidas, añade a los obreros: "*el propulsor se transforma en rémora*". Y pulcramente vuelve a su retiro para auscultar, en calma, el corazón de la Humanidad.

¿Era justa la indignación de González Prada? En una ideología, la verdad y la realidad andan, a veces, reñidas. Siendo absolutamente ciertas, justas, veraces, exactas las observaciones de Prada, no pudieron aplicarse a la realidad de entonces, y aun algunas tardarán en triunfar. Nunca pidáis alegría a quien nació y creció en días tan tremendos. Pero pensad que el credo de Prada es un credo optimista. El patriotismo, ha dicho Maeztu, no es ceguera: es grillete. Quien critica es porque quiere ver superado el objeto de su crítica. La crítica es amor también.

González Prada era un poeta alejado de todas las capillas literarias. Su voz no resonó entre la bulliciosa bohemia de Ricardo Palma, Clemente Althaus, Luis Benjamín

---

(1) Hoyo para enterrar un cadáver.

Cisneros, Carlos Augusto Salaverry, Arnaldo Márquez, Adolfo García y Manuel Nicolás Corpancho. Hijo de una familia de noble abolengo e ideas conservadoras, se alejará del conservadorismo y olvidará sus blasones. Mientras sus contemporáneos saborean el vino de Musset y se enardecen con los líricos gimoteos de *Graciela* y *Rafael*, este hombre solitario, y sin embargo cordial, los mira serenamente pasar en turbulenta tropa. Le emociona, empero, el *Canto a Teresa* y las *Rimas* de Gustavo Adolfo. Bien se echa de ver que el *Buch der Lieder* conmueve su espíritu. No le roza con sus alas el búho que preside las reuniones de los románticos; la legendaria Sión resulta incapaz de producirle ese frenesí que, en la imaginación de los líridas [poetas] contemporáneos suyos, engendra poemas de piratas, cruzados, musulmanes, castillos almenados y ciudades en sitio. Sólo Espronceda, Heine y el abuelo Hugo —*l'empereur à la barbe fleurie*— captarán su admiración.

Al margen de toda agitación literaria, publicando de cuando en cuando un rodel en *El Correo del Perú*, pudo repetir la frase de Musset: "*Mi vaso es pequeño, pero yo bebo en mi vaso.*" Y así hubiera continuado, si la guerra no viene a sacudirlo.

Desde su apartamiento, sin solicitar para nada la ayuda de los gobiernos, pudo observar discretamente el discurso de los acontecimientos. Nacido en 1848 (1) contempló los sucesos más álgidos de nuestra vida republicana. Y, mientras devoraba libros y libros, lo sorprendía el juego de bajas pasiones que constituye nuestra política. Desde su rincón de solitario asistió a la lucha de los liberales y conservadores, a la lucha contra España, al ocaso de Castilla, al surgimiento de San Román y de Pezet; miró la gesta inconfesable de una titulada "*regeneración*"; vio nacer el Partido Civil; contempló el desarrollo de los sucesos vergonzosos del 72, el encumbramiento de Pardo, y el hecho insólito de un

---

(1) J.D. Cortez, Riva Agüero y V. García Calderón dicen que nació en 1844; pero Federico More recogió de boca del mismo Prada, y don R. Pérez Reinoso del señor Verneuil, cuñado del maestro, la verdadera fecha: 6 de enero de 1848.

[Hoy sabemos a ciencia cierta que don Manuel nació en 1844.]

gobierno civil —que sólo en el nombre llevaba su bandera— dejando el gobierno a un militar...

Con todo, era poeta.

Era poeta y vivía desdeñando vanas gloriolas [(1)] de ateneos y academias. Su orgullo hallaba cabal satisfacción en la actitud de Espectador. (Recordad que Ortega y Gasset ha dicho: "*contemplar es superar el objeto contemplado, inmunizarse contra su influencia*").

Pero ... La guerra fue el azote que despertó la conciencia nacional. González Prada, testigo de los peculados del guano, de la orgía financiera, de la bancarrota, del desarme, de la equivocada política salitrera, González Prada hubiera continuado rimando ensueños si la guerra no despierta al país. Se hacen carne, entonces, sus temores de solitario; se realiza lo que ciertos videntes anunciaban; el país inerme ve destrozados sus ejércitos en el Sur, su escuadra reducida a la nada el sexto mes de empezada la guerra.

El heroísmo de Grau despierta ocultas energías en el alma de González Prada... Es el caos: al octavo mes de la guerra, el Jefe Supremo del Ejército y Presidente de la República, General Prado, abandona el país, aprovechando una inconcebible licencia otorgada por el Congreso al mes siguiente de la ruptura de hostilidades. En la capital ocurren sucesos vergonzosos. El general La Puerta, viejo y enfermo, queda al frente del gobierno. *El Comercio* y, con él, todos los diarios —excepto uno— reprueban la conducta del Presidente. Profunda conmoción popular obliga al propio jefe de Consejo de Ministros, general La Coterá, a recorrer las calles entre la rechifla del pueblo. El presidente del Consejo de Ministros se ofusca y lanza su caballo contra un grupo; pero un joven detiene de la brida a la cabalgadura: el hoy senador don Enrique C. Basadre. Dispara la tropa sobre los amotinados. Caen muchos. Entonces, Piérola, que estaba en un cuartel como soldado, se dirige al Callao

---

(1) El sufijo *-ol, -ola* empequeñece o diminutiviza la significación de los sustantivos que lo llevan; verbigracia, *farol, arteriola, banderola, gloriola*.

proclamándose Dictador. El estupor paraliza al Ejecutivo. La Municipalidad de Lima, a cuya cabeza estaba don Guillermo Seoane, condena el viaje sorpresivo del Jefe Supremo y aplaude la actitud de Piérola, como única medida para salvar a la nación. Piérola asume el mando.

Después... La historia es dolorosa y tremenda. De victoria en victoria, el ejército chileno avanza, no tanto sobre los cadáveres de nuestros soldados, como sobre el cadáver de nuestra desorganización. Piérola expide el decreto desesperado: todos los habitantes de Lima de dieciséis a sesenta años deben tomar las armas. González Prada, en la edad de Cristo y de Alejandro, empuña su rifle y se dispone al sacrificio.

Un observador imparcial comenta: "*Por desgracia, los decretos solos no pueden crear un ejército: seis meses no bastan para formar soldados veteranos. Podrán enviarse multitudes a los cerros arenosos a luchar denodadamente y morir: serán patriotas, pero no soldados.*" (1)

En San Juan y Miraflores cúmplase esta frase. Una línea demasiado extensa y muy poco densa sucumbe tras heroica resistencia. Hay equivocaciones fatales: no todos los fusiles, de diversos tipos, tienen los proyectiles que necesitan; en la hacienda Vásquez —límite Este de la línea— varios cuerpos permanecen inactivos.

González Prada asiste al combate como teniente coronel de reserva en el fundo El Pino. Al cabo se realiza lo inevitable. González Prada, amargado hasta las heces, se encierra en su casa para no presenciar la entrada del invasor. Y no pisa las calles hasta que el invasor se va.

Cuando sale, ya es otro hombre. Saulo ha sido herido por la luz divina. Credo de odio, de venganza, será el que predique: mañana, empero, querrá que desaparezcan las fronteras... El poeta ha decidido sobrellevar las

---

(1) C. R. Markham, *La guerra entre el Perú y Chile*. Londres, 1882. Trad. castellana de M. Beltroy, Lima, 1922, pág. 208.

Consúltese: Vicuña Mackenna, Paz Soldán y, sobre todo, *El Comercio*, *La Tribuna*, *El Nacional*, *La Opinión Nacional*, de diciembre de 1879.

responsabilidades del apostolado, que, luego, lo conducirán al martirio.

Su estilo es impecable hasta cuando vierte en él sus imprecaciones ululantes de Savonarola. Empieza a demoler. ¡Ah, incansable piqueta la que este hombre blande en sus manos! Él ha visto el desastre; lo ha sentido, lo ha vivido, lo ha sufrido: por eso acusa. Sobre los escombros de la patria hundida, hay que ajustar los cimientos de la nación futura. Con clarividencia bíblica piensa en fundar la nueva *Ciudad de Dios*, en la que Dios no exista ni el dogma impere. Su rabia traspasa todo límite, pero el poeta no ha muerto todavía.

Ya han pasado los ardores románticos, Teo, Leconte, Flaubert y Heredia imponen el amor a la forma tersa y perfecta. Zola cambia el concepto del arte y, como nota Faguet, deifica la fealdad de la vida. (1) Para ser literato ya no bastará usar ojeras profundas y palidez malárica, sino que precisa emprender largos estudios y amar la ciencia. González Prada investiga, lee, estudia, estudia. Por otro lado, la frase vibrante, eléctrica y antitética de Hugo lo seducirá para su tarea demoledora: el hombre que abofeteó en prosas envenenadas a Napoleón "*el pequeño*"[(2)], el que enseñó a amar al pobre y detestó al clero, el que padeció destierros, será modelo de quien anhela renovar el ambiente deletéreo de su patria vencida. Escuchará en el Colegio de Francia a Renán; mas, no podrá jamás adoptar el gesto dulce y tolerante de este profesor de escepticismo: la firmeza en la duda será lo que más le encante de Renán. No tardará, sin embargo, en sentir vagos deseos de rimas suaves. Púdicamente las esconderá, porque la formidable tarea del demoledor de ídolos correrá peligros dejando traslucir al rimador de ensueños líricos.

Se formará la conspiración del silencio en torno a su figura. Querrían enmudecerlo. Abandonado de sus propios partidarios, se refugiará orgullosamente en lo que

---

(1) Faguet, Prólogo a *La tentation de St. Antoine*, de Flaubert.

(2) Alusión a la obra de Víctor Hugo, *Napoleón el Pequeño*, publicada en 1852.

él llamaba "*el apostolado solitario*". Pero hasta su retiro evangélico irán todos aquellos que anhelan escuchar, una vez siquiera, nuestra amarga y tremenda verdad.

## II

# EL POLÍTICO

*"De todas las generaciones nacidas en el país, somos la generación más triste, más combatida, más probada"*, decía González Prada, al día siguiente de la guerra, en su Discurso en el Ateneo, el año 1886. A la vera de tan egregio apóstol, buscaron la esperanza que fugaba, muchos entusiasmos moceriles. Don Germán Leguía y Martínez nos ha descrito el fervor de aquella juventud, reunida embebecida [verdaderamente interesada] en casa de Carlos Rey de Castro (esquina de las calles de Villegas y Pilitricas), para escuchar al Maestro. Allí concurrían Jorge, Carlos y Emilio Amézaga, Alberto Quimper, Alberto Secada, Luis Ulloa, Elías Alzamora, Dionisio Ramírez, Carlos Romero, Manuel Moncloa y Covarrubias, Mendiguren, Víctor G. Mantilla, Ernesto Rivas, El Tunante Gamarra, Miguel Urbina, Neptalí García, Federico Blume, Hernán Velarde, Revoredo, Ríos, Meza, Luis Márquez, Nicolás Augusto González, Carreño, Martínez Izquierdo, y muchos otros más. Todos, pendientes de las palabras del Maestro, anhelaban emprender la obra justiciera iniciada ya por González Prada.

Generación dolida, probada y triste, érale menester un verbo de fuego para reaccionar contra la desesperanza ambiente. Había necesidad de un hombre de hierro, sin miedo y sin tacha, para que dijese la amarga verdad de nuestra desorganización. González Prada espera la ausencia del último soldado extranjero, y, luego, sale resuelto a sobrellevar todos los ultrajes con tal de pregonar la verdad.

Su artículo sobre Grau es definitivo. En el Perú, azotado por el dolor y la guerra, por la revuelta y la bancarrota, las

gentes se miraban con recelo, culpándose mutuamente del desastre. Pocos se engañaron con el espejismo de nuestros heroísmos. Más que ellos, pesaba la torva realidad de una desorganización inexcusable, de una imprevisión fatal y de una derrota irreparable. La guerra —digámoslo con franqueza— nos reveló a nosotros mismos cuán podrido estaba el organismo político. Nos encontramos, de repente, con el fruto acedo de medio siglo de querellas fraternas y forcejeos pretorianos. Era un país desmilitarizado por los militares; despersonalizado por los civiles. Al bosquejar la historia de aquellos años, sube el rubor al rostro. Desde la Independencia sabíamos de qué lado vendría la agresión, pero no lo quisimos comprender. Chile intrigó como nadie, con su ministro Campillo, por el sometimiento del Perú a Bolívar. Chile fue el refugio de todos los revolucionarios del Perú. Chile, celoso de futura hegemonía, se opuso al Congreso Panamericano del 26. Chile cobijó las intrigas de Gamarra contra Santa Cruz y Orbegoso. Chile desbarató la Confederación peruano-boliviana. Chile fue adversario del panamericanismo generoso del Congreso Continental reunido en Lima en 1864. Chile, al firmarse en 1873 el tratado defensivo entre Perú y Bolivia, decidió la guerra. Nosotros lo sabíamos. Lo sabía el gobierno. Lo sabía la prensa. Lo sabía el ejército. Lo sabía el pueblo. Lo sabía el país. Y, sin embargo, la guerra nos cogió de sorpresa. Por eso dice Riva Agüero que nadie puede negar a González Prada un profundo conocimiento de nuestra deleznable realidad nacional, y una sinceridad única para comentarla.

Yo leo al maestro, yo leo esa flagelante página titulada "Grau" y aún siento el picor de los azotes. ¡Cómo sería entonces! Cierro los ojos, me tapo los oídos, y en mi cerebro resuenan las palabras iracundas de nuestro Apocalipsis: *"Necesitábamos el sacrificio de los buenos y humildes para borrar el oprobio de los malos y soberbios. Sin Grau en la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro de Arica, ¿tendríamos derecho de llamarnos nación? ¡Qué escándalo no dimos al mundo, desde las ridículas escaramuzas, hasta las inexplicables dispersiones en masa; desde la fuga traidora de los caudillos, hasta las sediciones*

*bizantinas; desde las maquinaciones subterráneas de los ambiciosos vulgares, hasta las tristes arlequinadas de los héroes funambulescos! En la guerra con Chile, no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra." (Pájaros Libres.)*

Pensemos en que es un combatiente de Miraflores, un poeta lírico y un pensador bizarro el que habla con tanta vehemencia. Su apasionamiento es tan comunicativo, tan sincero, tan viril, que arranca vibraciones inusitadas a nuestros corazones, y pone, ante nuestros ojos, el cuadro desolado de aquel año terrible. Pero oigámoslo más. Escuchemos devotamente a este Zarathustra, loco de rabia, que al volver de uno de sus sueños, se encuentra, de pronto, con una pavorosa teoría de pasiones bajas e inexcusables claudicaciones. Prestémosle atención. Es en 1888, y dice: *"los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia y nuestro espíritu de servidumbre"*. En otro lugar escribe: *"Chile se lleva guano, salitre y largos jirones de territorio; pero nos deja el amilanamiento, la pequeñez de espíritu, la conformidad con la derrota y el tedio de vivir modesta y honradamente."* Y después: *"Por nuestra posición geográfica, rodeados del Ecuador, el Brasil, Bolivia y Chile, condenados fatalmente a ser campo de batalla donde se rifen los destinos de Sur América, tenemos que transformarnos en nación belicosa. El porvenir nos emplaza para una guerra defensiva. O combatientes o esclavos."* Más tarde, veinte años después, seguirá pensando que la nación que no lleva el hierro en la mano concluye por llevarlo en los pies.

Su verbo es de admonición. Su doctrina la protesta. Su ideal el rencor. Soberbio *"alegato de odio"* llama Ventura a esta prosa ciclópea, bloque de mármol alumbrado por repentinas llamaradas de sangre.

Para regenerar al Perú, exclama González Prada, sólo hay dos medios; *"el amor a la patria y el odio a Chile"*. No importa la debilidad: *"si no tenemos garras para desgarrar ni dientes para morder, ¡qué siquiera los mal apagados rugidos de nuestra cólera viril vayan de cuando*

*en cuando a turbar el sueño del orgulloso vencedor" .[(...)] "Seamos una perenne amenaza ya que no podemos ser más", añadirá más tarde. Mas se descorazona el apóstol. Brotan enemigos por doquier. Su voz tiene la virtud de despertar virilidades adormecidas y resucitar rebeldías. No le atemoriza nada; estudia, analiza, piensa y concluye por exclamar con visible desconuelo: "En resumen, hoy [1888] el Perú es organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota pus." (**Páginas Libres.**) Así, también, en Bolivia, el Alto Perú hermano, un sociólogo sereno y valiente, después de examen detenido, acabó por llamar a su patria: Pueblo enfermo. Saludemos en Alcides Arguedas a un pensador original, a un estudioso, paciente y reflexivo, domador de rebeldías patrioteras y servidor leal de la verdad.*

Desdoblemos ahora la personalidad de Prada. Apenas terminada la guerra, en 1888 celébrase en el Teatro Politeama una fiesta de los colegios de Lima, para reunir fondos con el objeto de pagar el rescate de Tacna y Arica. González Prada es invitado a hablar. Su discurso es terrible. Empieza: *"Los que pisan el umbral de la vida se juntan hoy para dar una lección a los que se acercan a las puertas del sepulcro. La fiesta que presenciamos tiene mucho de patriotismo y algo de ironía: el niño quiere rescatar con el oro lo que el hombre no supo defender con el hierro."* Y en seguida, este apóstol que ya tiene cuarenta años, exclama: *"En esta obra de reconstitución y venganza, no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos y carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo y sus frutas de sabor amargo. ¡Que vengan árboles nuevos a dar flores nuevas y frutas nuevas! ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!"*

¡Cuánto no se le criticó a Prada por este grito! Pero, lo estupendo del caso es que casi cinco lustros más tarde, a los sesenta y tres años de edad, escribía en **Exóticas**: *"No escuches el glacial consejo / de inválido Catón añejo. / La vida de los mozos vive / y deja la vejez al viejo."* Y en *Cultura*, revista que dirigió Enrique Bustamante y Ballivián (1915), Prada dijo el elogio de Sócrates, modelo de maestros,

apóstol y mártir; de Hugo, indoblegable hasta el fin; de todo aquel que, en la ancianidad desengañada, sabe poner un soplo de ideal.

Llevado a la presidencia del "Círculo literario", su violencia combativa arrebató a sus jóvenes discípulos y echó las bases de un nuevo partido político: La Unión Nacional.

Jamás logra ser ponderado este azor. Tiene la garra presta a la acometida. Enloquecido por la derrota, por la desorganización mil veces peor que la derrota, por la vergüenza más terrible que la desorganización, cumple su lema enunciado en el Politeama: "*no contemos con los hombres del pasado*". Con los hombres ni con los partidos. Desnuda los llamados partidos de principios, descubre la farsa democrática y atruena los ámbitos con su clamoreo de regeneración. Olvida, acaso, en la apostólica tarea, que la democracia es igualmente falsa en todas partes. En Francia, como en el Perú, las libertades públicas son marbetes para encubrir el despotismo de los gobernantes. Que el periodismo es, por igual, insincero en Francia que en el Perú o Bolivia. Mas, no le digáis a Prada esto. Gladiador enamorado de la arena del circo, no podrá nunca desceñirse la armadura, y, si alguna vez la abandona, no será por largo rato.

En su discurso del Teatro Olimpo (1888), decía: "*Los mal nombrados partidos del Perú son fragmentos orgánicos que se agitan y claman por un cerebro, pedazos de serpiente que palpitan, saltan y quieren unirse con una cabeza. Hay cráneos, pero no cerebros.*" Seducido o atemorizado por aquella magnífica furia combativa y por el artículo "Los beduinos", no tarda mucho en serle ofrecida, por Morales Bermúdez, una senaduría por Lima. El político, futuro conductor de un partido radical, no acepta. Se va a Europa sin descuidar su apostolado infatigable. Morales Bermúdez muere intempestivamente y se realiza el arbitrario alejamiento de don Pedro Alejandrino del Solar, primer vicepresidente de la República y legítimo sucesor del presidente muerto, para imponer el cacernismo al segundo vicepresidente general Justiniano Borgoño. Convoca éste

a elecciones generales y, naturalmente, resulta electo Cáceres. Y entonces la coalición cívico-demócrata inicia la revolución. Triunfa, después de dejar veinte mil hombres muertos regados por el Perú, y Piérola asciende al poder.

González Prada regresa de Europa; escucha, mira, observa lo que pasa en el país. Siente que la indignación le ahoga y que le aturde esta sucesión de intrigas, conspiraciones y montoneras. Su partido, La Unión Nacional, con orientaciones modernas, anticlerical, socialista, resuelve adoptar una posición extrema. Para ello precisa oír a González Prada: González Prada habla (1898). Nunca más apasionado que entonces, ni nunca han sufrido nuestros partidos políticos mayor vapuleo que aquél. El civilismo ha sido falsificado por los sucesores de don Manuel Pardo; Cáceres no tiene programa alguno; la Unión Cívica es una camarilla sin significación y Piérola... Aquí la frase de Prada adquiere inusitada violencia. No perdona que, tras la tenaz y prolongada pelea contra el civilismo, Piérola termine aliado de éste. Piérola claudica, exclama Prada; Piérola no es ni *inmaculado*, ni *restaurador*, ni *regenerador*, ni *federalista*, ni *demócrata*, ni *Protector de la Raza indígena* (1). Todos estos títulos han sido traicionados por sus hechos. Nunca olvidará Prada que Piérola fue el Dictador de Miraflores y San Juan. Su vehemencia no reconocerá límites. Y el gran gobierno del 95 no atenuará a sus ojos los yerros del 79, ni mucho menos el tinte conservador de caudillo. Eso sí que no lo olvida Prada. Al conservador Piérola le caerán los mejores varapalos de *Horas de Lucha*, y sufrirá las embestidas más fieras de *Germinal*.

No es que decaiga el Perú, dirá luego. "*¡Decadencia! Si estamos hoy de caída ¿cuándo brilló nuestra era de ascensión y llegada a la cumbre? ¿Puede rodar a lo bajo quien no subió a lo alto?*" La clase obrera, aduladora del rico y despectiva del jornalero, y las clases ilustradas son las culpables del desconcierto. De aquí que todo partido político ha de ser inflexible en sus principios. La Unión Nacional se caracterizará por su intransigencia: "*sólo de*

---

(1) *Horas de Lucha*, Discurso de 1898.

*un modo nos atraeremos las simpatías y hallaremos eco en el alma de los muchedumbres: siendo intransigentes e irreconciliables".*

¡Ah, soñador irreductible! ¡Partidos de principios en el Perú! Riva Agüero se burlaba de ellos, pero formó uno: el Nacional Democrático. Recordemos la historia de los partidos de principios en el Perú. Castilla no los tuvo, y su facción señoreóse durante quince años. Vivanco los tuvo, y iqué suerte corrieron caudillo y correligionarios! Manuel Pardo trae programa, pero no persiste mucho en él cuando deja el mando a un militar. Sus correligionarios olvidan el programa y por eso subsiste el Partido Civil, aunque dividido en innúmeras facciones.

Piérola también tuvo principios aprendidos a Vivanco; pero, muerto él, murió su partido. Riva Agüero resucita principios de Piérola e introduce algunos nuevos, y ya sabemos todos en qué estado se encuentra su partido. Sólo hay partidos personales, sugestionados por individualidades robustas de caudillos, o partidos *actuales*, de principios elásticos. Mal que nos pese continuamos en el estado del caudillaje. ¿Qué suerte corrió La Unión Nacional de González Prada? El fracaso, también... Él mismo lo preveía al decir: "*¡quién sabe si en el Perú no ha sonado la hora de los verdaderos partidos!*"

Ya él sabía de la lealtad del suyo propio. Lanzada la candidatura de Prada a la presidencia de la República no supo la Unión Nacional secundar al jefe. El primer grito del candidato es pedir una horca para los responsables del desastre. Pavoroso calofrío estremece a la Asamblea. Ya lo sabía González Prada. Ningún desengaño le causó ese terror.

Otro día, un ministro de guerra le invitará a encabezar un motín, y su respuesta será rotunda: ¡una nómina de políticos a quienes se debía fusilar! Y el ministro no insiste.

¡Pobre Gulliver maniatado en el país de Lilliput!

A la patria convaleciente aconseja armarse. Repite su consejo del 88. Inútil es fiar en alianzas utópicas. La

ayuda de Bolivia o de la República Argentina es vana ilusión platónica; pensemos mejor en armarnos, ya que "*la Nación que no lleva el hierro en las manos concluye por arrastrarlo en los pies*".

La Unión Nacional publica su periódico de combate: *Germinal* (1899). (1) Violentamente condena a Piérola por sus violaciones de la libertad de imprenta. El presidente, dolido del ataque anterior de González Prada, no perdona al antiguo colaborador de *El Radical* y manda clausurar las imprentas del *Germinal*, *La Luz Eléctrica* y *El Independiente*.

Por uno de esos misteriosos cambios políticos, en setiembre de 1899, la Unión Nacional se acerca a Piérola; pero, González Prada, al saber esto, se indigna y se aleja de su partido. Se cumple así su frase de 1898: "*Los que en el Perú marchan en línea recta, se ven al cabo, solos, escarnecidos, crucificados*."

Permanece, sin embargo, en el partido hasta después. En 1901 reaparece *Germinal*. Ya González Prada no tomaba parte activa en su redacción. El periódico sigue atacando a Piérola y al presidente Romaña. Prada está enfermo. Sólo el 26 de febrero de 1902 aparece en *La Idea Libre* un artículo del maestro titulado "El escritor y la ley". Al día siguiente lo reproduce *Germinal*. Prada protesta contra los atropellos de Piérola y contra el conservadorismo de Romaña, alude a la reacción ultraliberal operada en Arequipa por Urquieta y termina con estas palabras: "*la ola crece y no la detendrán las denuncias de los fiscales, las sentencias de los jueces ni los padrenuestros de Romaña*".

Dos meses después se separa definitivamente de la Unión Nacional.

Presidía el comité directivo de ésta don Leoncio I. de Mora. Se trató, con el objeto de concentrar fuerzas, de una alianza con el Partido Liberal. Prada arguyó que

---

(1) *Germinal*, órgano de la Unión Nacional. Año 1. 1º de enero 1899. Nº 1. Conozco ocho números, hasta el 8 de febrero de 1899.

los miembros de este partido eran harto conservadores. Además, él tenía una opinión definitiva tanto sobre el Partido Liberal Democrático de 1897 como sobre el Liberal de 1900. Y el 11 de abril de 1902 dirigió al Presidente de la Unión Nacional una carta que empezaba: "*Aviso a usted que, por no faltar a mis convicciones, me separo de la Unión Nacional.*" (1)

Doce años transcurrieron en calma para el apóstol. Siendo Director de la Biblioteca, se opera el levantamiento militar el 4 de febrero de 1914. Luego, el golpe de estado del 15 de mayo del mismo año. González Prada cree que el país va a volver al militarismo, renuncia a la Dirección de la Biblioteca y publica un periódico, *La Lucha*: es el 6 de junio de 1914. Leed el editorial para que veáis si el león había perdido su fiereza:

*"El nombre de esta publicación nos exime de programa.*

*"Venimos a luchar por los derechos del ciudadano contra las inquietudes de la soldadesca, por los fueros del racional contra las embestidas del bruto.*

*"Entre los orangutanes pueden reinar el estacazo y el mordisco, entre los salvajes se concibe la trampa y la flecha; entre los hombres civilizados no cabe más imperio que el de la razón y la justicia.*

*"Invocar esa razón y esa justicia, encararse a los tiranuelos de ópera bufa, valerse de todos los medios posibles para lavar la ignominia de un régimen africano, es hoy el deber ineludible de los que no han perdido la dignidad y la vergüenza.*

*"A los noventa años de independencia, no se debe admitir el reinado de un segundo Behanzín o de un nuevo Souluque. M. G. Prada."*

No pudo aparecer más que el primer número de *La Lucha*. ¡Pobre Gulliver, maniatado en el país de Lilliput!

---

(1) *Germinal*, 17 de abril de 1902 y *Horas de Lucha*, pág. 302.

### III

## EL IDEÓLOGO

Sin embargo, cuando este patriota desesperado predica el odio al enemigo, ya germinaba el futuro destructor de patrias. En el fondo de su rabia hay un amor desesperado: la pasión del hombre que intenta regenerar un país irredimible.

Los movimientos obreros sacuden toda Europa y el maestro escucha. Desde antes, desde sus primeros años, vislumbrábase al apóstol socialista. Marx, Engels y Kropotkin se han apoderado del ánimo de este reaccionario; pero, aún creía en la patria, la pobre patria desgarrada y sangrienta. Pasarán los años y un día clamará:

*Patria, feroz y sanguinario mito  
Execro yo tu bárbara impiedad;  
Yo salvo las fronteras, yo repito:  
Humanidad.*

Mas no será repentino su cambio. Desde 1888, comentando la frase de Schopenhauer —“*el patriotismo es la pasión de los necios y la más necia de todas las pasiones*”— meditará, oscilando entre el socialismo humanitario que lo atrae y el patriotismo que lo retiene. Y, entonces, se dirá resignadamente: Todos los espíritus elevados y generosos convergen hoy al cosmopolitismo, “*pero mientras llega la hora de la paz universal, mientras vivimos en una comarca de corderos y lobos, hay que andar prevenidos para mostrarse corderos con el cordero y lobos con el lobo*”.

Humano, demasiado humano, sentirá una compasión infinita por todos los dolores humanos; querrá que desaparezcan las fronteras y hasta el aborrecido Chile será olvidado en aras de este amor sin medida.

¡Qué raro profesor de odio, predicando amor! Se duele de que la humanidad marche eternamente “*sobre las lágrimas del hombre, sobre la ruina de los mundos, sobre la tumba de todos los seres*”. Pero ¿en qué libro habéis leído una frase como la de Prada? En qué Nietzsche predicador de egoísmo, en qué Stirner apóstol del yo, en qué Marx reivindicador de los derechos de los pobres; más aún, en qué Guyau hallaréis una frase como esta de **Páginas Libres**: “*Si un tirano quería que el pueblo de Roma poseyera una sola cabeza para cercenársela de un tajo; si un humorista inglés deseaba que las caras de todos los hombres se redujeran a una sola, para darse el gusto de escupirla, ¿quién no anhelaría que la Humanidad tuviera un solo rostro para poderle enjugar todas sus lágrimas? Hay horas de solidarismo generoso en que no sólo amamos a la humanidad entera, sino a brutos y aves, plantas y lagos, nubes y piedras; hasta querríamos poseer brazos inmensos para estrechar a todos los seres que habitan en el globo del Firmamento. La verdadera caridad no se circunscribe al hombre: como ala gigantesca, se extiende para cobijar todo el Universo.*”

Ya no cambiará este generoso panteísmo. Cada día irá acentuándose. Esa frase de 1890 no será sino preludeo de una apasionada propaganda socialista. Contra todos los valores constituidos se precipitará el maestro, ansioso de justicia, ávido de la paz universal. Día a día cunde el marxismo. Tolstói en Rusia arrebató a las masas campesinas, absortas ante la pureza y el valor del solitario de Yasnaia-Poliana. González Prada, en una conferencia sobre “El Intelectual y el Obrero” (1905), inserta en *Horas de Lucha*, exaltarán las excelencias de la propaganda solitaria y anunciará la revolución mundial, la revolución esperada, la que borre fronteras y suprima nacionalidades. Pero, agregará, “*seamos justos*” con la humanidad, justos con el pueblo en que vivimos, justos con la familia en que nos tocó nacer. ¡No puede olvidar su amor de antaño al tierruco nativo!

Avanzará más todavía. El orden social injusto, los abusos del poder, las masacres lo exaltarán y clamará por

la revuelta sangrienta y definitiva tantas veces anhelada por el anarquismo y aconsejada en *Das Kapital*. Los obreros buscarán entonces al maestro justiciero y comprensivo.

Lo buscarán los pobres. Las mujeres querrán oír de sus labios verdades nuevas. Como con el Nazareno, un largo cortejo silencioso y reverente de menesterosos penderá de sus palabras. Quienes anhelan reparar las injusticias sociales, forzosamente habrán de buscar a este Quijote. Señalará nuevos dolores, irá a las familias, encontrará clamorosas iniquidades y, lleno de nobilísima indignación, dirá: no seáis injustos, no creáis en los convencionalismos sociales; llamad las cosas por sus nombres: “**meretrices** son las esposas que sin amor se entregan al marido; **espúreos** [espurios] son los hijos engendrados entre una pendencia y un ronquido; **honradas** son las adúlteras que públicamente abandonan al esposo aborrecible y constituyen nueva familia santificada por el amor; legítimos y nobles son los espúreos [espurios] concebidos en el arrebató de la pasión o en la serena ternura de un cariño generoso”. (**Horas de Lucha**).

Pensad que el autor de esta frase es hijo de blasonada familia, que desdeñó sus títulos y hasta abrevió su apellido. Eso no lo detiene nunca. El abolengo y la educación cristiana son olvidados ante el dolor universal. Hay injusticia en todo: en la política, ya lo habéis oído; en el arte, ya lo veréis luego; en la sociedad, estáis oyendo las palabras del apóstol.

Imposible es que conserve tanto tiempo esta serenidad. Su amor —lo sabéis ya— se trueca en desesperada protesta, clamoreo incesante de odio. ¿Quiénes son los culpables de la desorganización de la familia? Prada responde: “*La madre arrasa con el sentimiento, lo que el padre intenta edificar con la razón*”, pues “*¿qué se avanza con libros demoleedores y discursos fulminantes, si mientras los esposos desvanecen mitos y derriban iglesias, las esposas inoculan en sus hijos el virus de la Religión Católica?*” [(1)] Devolver su libertad

---

(1) *Virus*, en latín, significaba veneno, podre, humor maligno. En nuestro idioma tuvo igual significado hasta el DRAE 1992, inclusive.

a la mujer; reaccionar contra la influencia del clero, será su lema desde ese día. Tened presente que, en la Trinidad cristiana, no tiene cabida la mujer.

Asistimos, entonces, a la lucha de este púgil contra el orden existente. Nada escapará a su crítica: sobre todo vigilará su mirada.

La burguesía será la primera en escuchar sus vociferaciones. ¡Aristócratas en el Perú! ¡Cómo ríe González Prada! Y es que Prada es de abolengo ilustre. Su padre, don Francisco González de Prada, era noble. Pero él olvidó sus cuarteles. Desde muy joven ya había suprimido de su apellido el **de**. Cuando Cortez le pide una biografía para su *Parnaso Peruano*, escribe sencillamente: “Nací en Lima. Son mis padres don Francisco González Prada y doña Josefa Ulloa de Prada.” Ni una sola palabra más. Andando el tiempo llegará a una simplificación mayor: Manuel González de Prada y Ulloa, se transformará en Manuel G. Prada. Y sus blasones ... ¡ah, sus blasones, guardábalos en no muy limpio rincón de la casa!

Por todo esto tiene derecho para hablar de nuestros aristócratas. En *Horas de Lucha* se mofará sarcásticamente de los aristócratas de prosapia ilustre; sólo existe una aristocracia, dirá enseguida: la de los hacendados o cañaveleros y la de los “*logreros enriquecidos en la Consolidación, el huano y el salitre*”. ¡Qué asquerosa la leyenda de los *vientres sucios* y los *vientres limpios*! Cómo provoca a náuseas la comedia ridícula de empíricos sugestionados por el temor al clero y a la cólera del poderoso!

Aristócratas fingidos, militarotes empinados, fanáticos religiosos, ¡cómo odiáis la indignación apostólica de González Prada! No olvidará, tampoco, al periodismo burgués y corrompido.

¡*El Periodismo*! El día que el pueblo sepa cómo lo engañan los periódicos y comprenda el juego inconfesable de mezquindades y cobardías que se desarrollan en las redacciones, darán la razón a González Prada. Os lo dice

con pena un periodista. El elogio distribuido sin ton ni son; la palabrería insustancial; el zurcidor de sueltos policiales escribiendo sobre historia; el traductor de cable oficiando de crítico literario; el jefe de redacción disertando sobre las corridas de toros; el director poniendo cabezas al cable; el cronista social pontificando sobre la cuestión obrera y el cronista hípico dirigiendo la sección bursátil, son episodios corrientes en nuestra vida periodística. Se encumbran mediocridades llenas de humo y se teme elogiar al que merece una loa. Hay esa terrible confabulación que, en Francia, acogió la aparición desconcertante de León Bloy; la confabulación vergonzosa que pretendió acallar a González Prada; que desesperó y desorientó a More; que arranca tremendas imprecaciones al espíritu rectilíneo de Alcides Arguedas; que se burló de Herrera y Reissig; que hubiera pasado por alto los sermones de Cristo. Los periódicos ganan más por lo que callan que por lo que revelan, dice Francis Delaisi, en *La democracia y los hacendistas*. Lo sabemos bien. Y esto desespera a Prada. El periodismo envilecido lo exaspera. “*Profesión semejante concluirá por llamarse empresa industrial de gitanos que compran a resmas el papel blanco para embadurnarle de tinta y venderle por hojas sueltas.*”

“*Carecemos de buenos estilistas, porque no contamos con buenos pensadores*”, escribe en *Páginas Libres*. Tiene razón el apóstol.

El diario es una fuerza estupenda; es un perforador tenaz, un berbiquí incansable, un amigo viejo y fiel que acude todos los días a nuestra vera para darnos sus consejos. Aun cuando sea venal, aun cuando carezca de honradez, el diario controla, equilibra, juzga, atempera, atemoriza. “*El gran silencio cesariano*” amado es de los tiranos, llámense éstos Napoleón o el Doctor Francia. Hay cerebros que no piensan sino por su diario predilecto: este es su tambor mayor. Precisa por consiguiente depurar el ambiente. Mucho sabemos lo que cuesta estampar una verdad en un periódico de Lima: González Prada sufrió como nadie esa tiranía implacable. Le indignaba el “*fondo de los reptiles*”,

como apodó a las partidas presupuestales destinadas a los periodistas oficiales. Y arrancóle punzantes ironías la falta de personalidad de los diarios de su tiempo: todos, todos, se parecen —añadirá con desconsuelo— al empalagoso organito callejero.

El presupuesto corrompe a las conciencias mejor templadas. Todos quieren lucrar, todos se *conforman* con lo que pasa; todos anhelan resolver el importante problema de las treinta libras mensuales. *Ventrales*, escupirá lleno de asco, Prada. Cuando oiga hablar de partidos políticos, se encogerá de hombros murmurando despectivamente: “*nosotros no conocemos armonías de cerebros, sino alianza de vientres*”. (**Páginas Libres.**) “*Demos a los más feroces opositores una cuchara que meter en la olla del presupuesto, y ya veremos si encuentran sabroso el guiso que segundos antes juzgaban desabrido y malo.*” Así es como él mira la realidad nacional. Los políticos, los *beduinos*, que “*poseen la sutileza del hidrógeno y la ductilidad del oro*”, corrompen al pueblo. Quitad la afición a los toros, dirá después; alejad la taurofilia y no olvidéis que “*los chilenos, no muy partidarios de la Tauromaquia, nos vencieron desde San Francisco hasta Huamachuco*”.

Así abofetea, con la afrenta inolvidable, la conciencia pública. A él no le convence la ironía capitalina. Mas fe tiene en las provincias. “*Lima es la zamba vieja que chupa su cigarro, empina su copa de aguardiente, arrastra sus chancletas fangosas y ejerce el triple oficio de madre acomodadiza, zurcidora de voluntades y mamadera de conventos.*”

Lima es conservadora y eso no lo perdona Prada. Coge el plano de la ciudad, cuenta los conventos y las iglesias, frunce el ceño y lanza una imprecación. Lee a Castelar, siente olor a sahumero y ¡pobre Castelar! Ferozmente, sañudamente acomete este panfletario irreverente e implacable. Su amor desesperado, que sueña regeneraciones imposibles, despiertan su odio, ese odio profundo, ese odio incomparable y frenético, en el que, a menudo, hay suspiros disimulados. “*De las generaciones de González Prada saldrá tal vez un*

*Perú redimido*”, escribía Ventura. Redimido no, pero sí consciente. Prada supo destruir ídolos, derribar prejuicios de tres siglos, descuajar valores convencionales, demoler una sociedad gazmoña. Sobre esas ruinas, no será muy difícil ajustar los cimientos de la Patria Regenerada.

Hay un axioma de González Prada que ha pasado desapercibido para sus glosadores, y que encierra, tal vez, su orientación. En *Horas de Lucha* dice: “*toda cuestión política se resuelve en una cuestión moral y toda cuestión moral entraña una cuestión religiosa.*”

Después de la vivisección cruel de nuestro organismo político, analiza nuestro organismo judicial. Los abogados reciben terrible varapalo. En el Perú el que opta el título de abogado puede desempeñar todos los cargos, dirigir todos los negocios. Llenos de fórmulas, no será posible esperar mucha equidad de jueces semejantes. “*Ignoramos si los que prestan medios de falsificar elecciones populares, sienten el menor escrúpulo de absolver criminales y condenar inocentes.*” Al margen de esta frase, en el ejemplar de *Horas de Lucha* de la Biblioteca Nacional, la mano de don Ricardo Palma ha escrito un entusiasta “¡bien!”.

Tampoco admitirá a los legisladores. Igual que Chocano, en reciente libro, pensará que es muy caro el Congreso para ser un simple *amén*. (1) Consonando con Delaisi hablará de la tontera popular, que confía en sus representantes. Las mayorías y las minorías no son luces y sombras en combate, sino tizones que humean en lugares opuestos. Abra el pueblo los ojos, tienda el oído y escuche: “*La vergüenza del Perú no está en haber sido arrollado y mutilado por Chile (¿qué país no ha sufrido mutilaciones y derrotas?); el oprobio y la ignominia vienen de seguir soportando el yugo de tanto orador sin oratoria, de tanto moralizador sin moral, de tanto sabio sin sabiduría.*”

Todo se resuelve en una cuestión religiosa. A Prada le obsesionan los frailes. La educación religiosa, la intromisión del clérigo en el hogar, la influencia del convento en la

(1) Chocano, *Idearium Tropical*, Lima, 1922.

política serían sus tormentos mayores. El Perú, en efecto, sufre de un excesivo conservadorismo. Gentes incrédulas, efectivamente escépticas, se prestan a secundar todos los manejos clericales. No hay un liberalismo franco, ni menos un leal conservadorismo.

La reacción de González Prada ataca excesivamente al clero. Nuestros conservadores —él los describió magistralmente— lindan en la beatería, en la mojigatez, en la ridícula gazmoñería, sin llegar a organizarse en una facción principista. Todo hombre que llega a la senectud y a la impotencia, decía González Prada, resulta conservador. En su excesivo apasionamiento olvidó algo más cierto: todo hombre que estabiliza una renta de cincuenta libras mensuales y logra que lo llamen *doctor*, se vuelve conservador. El mejor camino para el conservadorismo es, hoy día, el socialismo. Interrogad su historia a cada conservador, y a menudo encontraréis que su juventud fue liberal. En España ocurre así; en Francia, también; en el Perú ¿por qué no? Y es que no hay liberalismo sincero. Siempre el liberal pretende ser moderado, edulcorado, lejos de las posiciones de un Kropotkin, un Reclús o un Pi y Margall.

Spencer definía a los liberales actuales como “*conservadores de nueva especie*”, y ello es cierto. En el Perú tuvimos un Partido Liberal principista por los años de 1855, pero se extinguió demasiado pronto y fue absorbido por el conservadorismo. Logró ventajas en 1856, mas el 60 ya estaba nuevamente vencido. Reacciona y torna a caer. No estaba preparado el país para semejante tentativa.

En 1897 surge un Partido Liberal Democrático; se esfuma y, sobre sus bases, se forma en 1900 el Partido Liberal. Liberal por el nombre, como el Constitucional lo fue por el título. Lleno de aspavientos puritanos y reformistas, pronto se suma al caudal de los demás partidos, fusionándose con los demócratas, y luego con los civilistas, representantes hoy del conservadorismo. Por eso, Prada se mofa de aquel partido como seudo reformador y rectilíneo: “*¿de dónde nos salen Cincinatos? ¿de qué planeta nos*

*llueven Catones? Se dirá que las once mil vírgenes han descendido en figura de varón para salvar al Perú”.*

El liberalismo, indudablemente, exige, por lo menos aquí, una posición radical y definida. Ciertamente es, como Rodó apunta, que el sentido de la obra intelectual del siglo XIX es la tolerancia (1). Pero, en el Perú hace falta una tendencia extremista, porque hay mucho yerro que enmendar, mucho rumbo que torcer y mucho ídolo que destruir. Y tal no se consigue con mediastintas ni aguastibias. So pretexto de liberalismo, los liberales transigen con el conservadorismo “*olvidando que toda libertad ganada por el individuo significa un trozo de poder arrebatado a la Iglesia*”. Como Salmerón, y como el colombiano Rojas Garrido, Prada opina “*que un liberal no puede ser católico, ni un católico puede ser un liberal*”. Semejante hibridismo parecería entonar al *Syllabus* al son de la Marsellesa. Si de reformar se trata, Estado e Iglesia deben ser modificados a la vez. En los momentos actuales, cúmplense ya los deseos de González Prada. El mundo reacciona, la renovación avanza, y aunque la censura mutile textos y detenga cablegramas, ya sabemos que, en Génova, la Rusia soviética ha decidido de la suerte mundial, y que, por sobre las fronteras y las trabas, adelantan las ideas innovadoras y el orden social sufre colosal desquiciamiento.

Rodó pensará que esto no es liberalismo sino jacobinismo. El nombre es lo de menos. Cuando hay liberales que ofician de sacristanes y clérigos que enseñan a pensar libremente, los *ismos* son inútiles. Prada quiere la renovación absoluta. ¿Jacobino? Sí que lo es. Su extremismo es de jacobino; su amor a las ideas generales, también lo es; su odio al clero, se parece a la clerofobia de los revolucionarios franceses. Pero hay algo grande e inmovible en él: su odio al dogmatismo. Se equivocan los que creen a Prada un dogmático *au rebours* [al revés]. Una duda incesante impídele caer en el abismo de los dogmáticos. Si hay para él un personaje odioso y risible, ese es “*el inquisidor a la inversa*”, si hay alguno despreciable, es el librepensador

(1) Rodó, "Liberalismo y Jacobinismo".

peruano o “*cura al revés*” que, de viejo, se retracta de las doctrinas de su vida.

Admira, por eso, a Vigil, a Mariátegui y a Mariano Amézaga. Porque supieron mantener hasta la muerte sus creencias o sus dudas. Si algún lazo existe entre Renán y él, buscadlo en esa dulce firmeza del glorioso escéptico, para rechazar auxilios de que su espíritu no había menester. El *hombre* es lo más seductor en Vigil, en Amézaga, en Mariátegui; también en González Prada. El hombre no se inclina nunca, y Riva Agüero, juzgando errados y desastrosos los proyectos políticos del maestro, no puede menos que escribir: “*Admiro a González Prada como artista; lo respeto personalmente porque es íntegro; porque procede de buena fe; porque no se ha doblegado ante nadie; porque en medio del servilismo que reina, del general encorvamiento, ha sabido mantenerse erguido y digno; porque ante una sociedad gazmoña y fanática, imbuida de preocupaciones de aldehuela, ha desplegado bizarramente a todos los vientos el estandarte del pensamiento libre.*” (1)

El anticlerical no era completamente ateo, como se ha dicho. En cambio, sí era filósofo, por su amor a las ideas generales —anota Fombona— y por el papel que asigna al Arte en la escala de valores humanos.

Mariano Iberico Rodríguez, glosando el aspecto filosófico de Prada, observaba su parentesco con Jean Marie Guyau (2). Cierto. Prada y Guyau son pensadores y poetas; ambos alternan la meditación atormentada con el verso dulce y reflexivo. Prada y Guyau piensan en el más allá con tenacidad; para los dos, el arte es guía y cumbre de la filosofía; para los dos la moral ha de ser irreligiosa.

Si abrimos el magnífico *Esquise d'une morale sans obligation ni sanction*, frecuentemente recordamos a González Prada. En *L'irreligion de l'avenir*, páginas hay

---

(1) *Carácter de la literatura del Perú independiente*. p. 202.

(2) "Mercurio Peruano", N° 2, agosto 1918. Lima.

llenas de esa generosa visión de Prada, de ese sobrehumano amor a la humanidad. Por sobre todas las actividades, Prada, como Guyau, como Bergson, como Schelling, coloca el Arte. Más arriba que la filosofía, por encima de la religiones, el Arte impone su suave tiranía. “¡Filosofías! ¡Religiones! ¡Sondas arrojadas a profundizar lo insondable! ¡Torres de Babel levantadas para ascender a lo inaccesible!”, suspirará Prada ante la tumba abierta de Luis Márquez. Lucrecio le ha enseñado una frase amarga, que él repite: si los dioses existen, se bastan a sí, gozan tranquilamente de su inmortalidad, sin acordarse de nosotros.

¿Creía en Dios González Prada? Los discípulos rotundamente contestan: no. Pero, era demasiado poeta y la duda hartó terrible atenaceaba su cerebro. Educado en un colegio de frailes de Valparaíso, no podrá olvidar nunca las enseñanzas de entonces. Siendo muy joven, a los veinte años, escribía lleno de unción:

*En el blando reposo de la noche  
 Altivo a Dios el pensamiento vuela  
 ...  
 Dice la noche: contemplad el cielo,  
 Patria es del hombre la eternal esfera*

Vendrá la duda, luego, a refugiarse bajo el cráneo de este poeta iluso, produciéndole congostas inenarrables. ¡Qué desgarramientos tan terribles! Pascal mordido por la Duda sufrió tanto como este poeta. Para su esperanza ya no hay oriente. La nada es su único puerto. Reunidos por la casualidad, y por ella dispersos, nuestros huesos serán absorbidos por la nada. Y, sin embargo, nunca oiréis en su boca, las maldiciones pavorosas de Maldoror. ¿Recordáis al montevideano misterioso que escribió *Les chants de Maldoror*? Jamás pronunciará González Prada sus blasfemias terribles. Su gesto será orgulloso, tal vez algo dolido, pero sabrá afrontar, sin temor, las interrogaciones tremendas. Vigil tampoco fue ateo. Verdad es que, siendo fraile, Vigil estaba más ligado al cristianismo. En González Prada, el odio “*a la noche del horror cristiano*” proviene de su sentido estético, herido con la desaparición de los

dioses griegos. Mas, no muere del todo su fe. Anciano ya, un año antes de morir, en 1917, interrogado por Félix del Valle sobre su creencia en Dios, el maestro no tuvo reparos para contestar así:

“—*Conmigo ha ocurrido un fenómeno curioso. Yo fui en mi juventud un ateo convencido, resuelto. Tan arraigadas estaban en mí las convicciones que profesaba, que ni un aleteo de duda sombreó, en aquella época, la marcha rectilínea de mi pensar en materia religiosa. Después de mi viaje a Europa, no sé si por reflejo de la reciedumbre de las convicciones de la masa o por causas inexplicables, empecé a dudar...*

“—*F. del V.—¿Y esta duda persiste?*

“*M.G.P.— La verdad es que hay días en que dudo y días... pero generalmente no creo...*” (1)

Con esta duda, el problema del más allá arráncale páginas magníficas. “La vida y la muerte”, escrito en 1890, sintetiza su pensamiento: ¿Hay algo más allá? ¿No lo hay? “*Nada sabemos, céntuple muralla de granito separa la vida de la muerte, y hace siglos de siglos que los hombres queremos perforar el muro con la punta de un alfiler.*” Su moralidad se indigna ante las recompensas ultraterrenas. El Bien ha de practicarse por sí mismo: eso es ser moral. Lo demás es una letra de cambio girada contra el más allá. “*Toda doctrina de penas y recompensas se funda en la aplicación de la Teneduría de Libros a la Moral.*”

No miremos arriba sino adelante. Aceptemos la responsabilidad de nuestras acciones y lancémonos a lo Desconocido, “*como sin papeles ni bandera el pirata se arroja a las inmensidades del mar*”. Destruyamos los prejuicios, añadirá en su conferencia sobre “El Librepensamiento en acción”; vivamos honradamente, y así, cuando suene la hora del gran viaje, cruzaremos el pórtico sombrío de la muerte, “*no con la timidez del reo que avanza en el pretorio, sino con la arrogancia del vencedor romano al atravesar un arco de triunfo*”.

---

(1) *Revista de Actualidades*, N° 3, junio 14 de 1917. Lima.